

De luces que agonizan¹: algunas consideraciones sobre la historia intelectual de la cultura española

On dying lights: some considerations on the intellectual history of Spanish culture

Juan Mainer Baqué
Fedicaria
juanmainer@gmail.com

Recibido: septiembre de 2022

Aceptado: noviembre de 2022

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.6.25940

RESUMEN

El último libro de Raimundo Cuesta, *Unamuno, Azaña y Ortega, tres luciérnagas en el ruedo ibérico*, explora y profundiza en la derrota (en el doble sentido del término) de la intelectualidad española durante el convulso periodo de la llamada “guerra civil europea” (1914-1945), a través de tres de sus más conspicuas figuras. Al hilo de la glosa de este oportuno, riguroso y original trabajo de historia crítica, social y cultural, se plantean algunas consideraciones que, también desde una perspectiva crítica no androcéntrica, cabría proyectar sobre la trayectoria y el legado de estas tres agónicas lumbreras en la trágica encrucijada que les correspondió vivir.

Palabras clave: intelectuales, “Edad de Plata”, guerra civil europea, androcentrismo, misoginia.

ABSTRACT

Raimundo Cuesta's latest book, *Unamuno, Azaña y Ortega, tres luciérnagas en el ruedo ibérico*, explores and delves into the defeat (in the double sense of the term) of the Spanish intelligentsia during the convulsive period of the so-called "European civil war" (1914-1945), through three of its most conspicuous figures. In the context of this timely, rigorous and original work of critical, social and cultural history, some considerations are raised which, also from a non-androcentric critical perspective, could be projected on the trajectory and legacy of these three agonic luminaries at the tragic crossroads they had to live through.

Keywords: intellectuals, “Edad de Plata”, European civil war, androcentrism, misogyny.

Referencia

Mainer Baqué, J. (2023). De luces que agonizan; algunas consideraciones sobre la historia intelectual de la cultura española. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 6, pp. 193-206. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.6.25940

¹ Luz que agoniza fue la nefasta traducción que se otorgó en la España de 1944 al título de un célebre drama cinematográfico de George Cukor, por su título original *Gas Light*, basado en la obra de teatro homónima de Patrick Hamilton que se estrenó en 1938. En la película, unas parpadeantes lámparas de gas se convierten en eficaz instrumento de manipulación del que se sirve un hombre para persuadir a su mujer de que está loca y ha perdido el sentido de la realidad. Estas páginas recuerdan también a las “otras” luciérnagas todavía veladas e invisibles de la edad de plata de la cultura española.

EL AUTOR Y SU OBRA: NO HAY DOS SIN TRES

Como acertadamente afirmó Jesús Baigorri en el acto de presentación del libro que nos ocupa, celebrado el pasado mes de junio en Salamanca, Raimundo Cuesta (Santander, 1951) es un historiador y un intelectual que lee, piensa, escribe y publica en y desde la periferia, tanto geográfica como académica. Quienes le conocemos y además hemos tenido el placer y el privilegio de disfrutar de su amistad y de trabajar con él —el desempeño colectivo, además de manera sustantiva, también forma parte de las disposiciones que han guiado siempre su quehacer— sabemos de las muchas luces, pero también de los sinsabores que se derivan de esas posiciones excéntricas que, todo hay que decirlo, no siempre son producto de “elecciones” libres ni conscientes.

Lo cierto es que la obra escrita del ya exprofesor Cuesta, de envergadura y solvencia equiparables, como mínimo, a la producida por la inmensa mayoría de sus congéneres del “campo” de los historiadores con mando y plaza en el escalafón de la universidad española, se ha ido forjando muy al margen de gabelas y servidumbres académicas y disciplinares y, en parte por esa circunstancia, se ha beneficiado de una rara y fecunda libertad creativa y hermenéutica. Late en ella una suerte de temprana aversión al “especialismo” (por utilizar el palabro orteguiano), que tiene su eco también (y va de polímatas nacionales) en el *dictum* del padre Feijóo —“pero lo que sobre todo hace difícil escribir la historia es que para ser historiador es menester mucho más que historiador”—, evocado con frecuencia por nuestro autor y, también, un incontenible anhelo por cultivar la sospecha y el pensamiento crítico. Esa idea de reivindicarse, desde su estatuto de profesor de secundaria, como “intelectual específico” dentro y fuera de las disciplinas dadas, constituye uno de los nodos idiosincrásicos de la brega y compromisos públicos del docente cántabro. Así, la producción escrita por nuestro autor no sólo se ha ocupado de una peculiar variedad de objetos y temas de estudio, enriquecidos por una libérrima selección de referentes teóricos y guiados por una singular “caja de herramientas” heurística, sino que ha dado lugar a un ramillete de obras seminales en el campo específico de la historiografía cultural y educativa tanto por sus aportaciones conceptuales cuanto por sus sugerentes visiones de conjunto².

² Durante su desempeño como catedrático de Historia en la educación secundaria y en estrecha simbiosis con colectivos como el grupo Cronos, Fedicaria o el Proyecto Nebraska, sus objetos y temas de estudio han oscilado entre la “didáctica crítica”, la relaciones entre Historia y Memoria y la historia de la educación y de las disciplinas escolares; en este marco de preocupaciones e intereses fueron desarrollándose categorías heurísticas como “modo de educación”, “código disciplinar”, “historia con memoria”... Una relación expresiva de su producción puede encontrarse en Dialnet.

A lo largo de los once últimos años, desde su jubilación de la profesión docente, Cuesta ha ido “liberándose” de una cierta “atadura” que vinculaba su producción con el campo de la educación, para ocuparse en otras indagaciones siempre en su afán por desentrañar problemas del presente en su propia dimensión y perspectiva histórico-genealógica. Así, en este tiempo únicamente tasado por la biología, que es el propio de las “clases pasivas”, ha escrito tres libros muy notables —el último de ellos el que aquí se reseña—, que, bien mirados, constituyen una suerte de desembocadura de una obra que quedaba ya anticipada en algunos empeños precedentes. Del cultivo de la autoficción al libre ensayo de historia cultural e intelectual (Cuesta, 2017, 2019 y 2022), ha escrito sobre el problema y dimensiones de la subjetividad, el influjo de las creencias religiosas y otros dogmatismos en la construcción de la sociedad, y sobre el papel de los intelectuales en la sociedad española en el marco de su más trágico y traumático pasado reciente. No hay dos sin tres.

En el fondo, que no en la forma, Raimundo Cuesta ha construido estos últimos años algo muy parecido a una trilogía, combinando excelente prosa y rigor historiográfico, sobre los problemas que siempre le han ocupado y desasosegado; y lo ha hecho, además, en orden y secuencia tan extraordinariamente personal como infrecuente. Una trilogía en la que primero se establecieron los límites del personaje Tersites, su heterónimo —el intelectual insatisfecho, rebelde e incorregible—, para después indagar y bucear en la vida de los “otros” —los grandes y admirados hombres del panteón del pensamiento crítico occidental— y en sus actitudes ante la tragedia de la condición y existencia humanas, sea en su dimensión más amplia y abarcadora —las “verdades” sospechosas, la alienación—, sea en el doméstico ruedo ibérico y al hilo de esos “momentos matriciales” que marcaron (y marcan) el devenir de nuestro tiempo presente. En fin, como gusta decir a Raimundo, este libro sobre el fracaso de los intelectuales españoles ante la era de las catástrofes forma parte de una “totalidad expresiva”.

Los tres volúmenes de esta trilogía, por cierto, han sido víctimas de la autoedición. Alguien pensará que esto es un tema menor, o que, simplemente, es un signo de los tiempos que corren en los que el número de lectores es sintomática y proporcionalmente mucho más pequeño que el de escritores y narcisos de toda

laya... En mi opinión, empero, no es un hecho anecdótico; por el contrario, forma parte, muy sustancialmente además, de los sinsabores que acompañan la condición de *outsider* que ostenta y soporta nuestro autor y a los que me referí al comienzo de estas páginas.

EL LIBRO. GÉNESIS, FULGOR Y AGONÍA DE TRES INTELLECTUALES A LA DERIVA EN LA CRISIS ESPAÑOLA DEL PRIMER TERCIO DE SIGLO

Unamuno, Azaña y Ortega... es una obra aparentemente fronteriza entre la biografía y la historia cultural, entre el ensayo y el documento historiográfico. La propia contemplación superficial de su índice no ayuda precisamente a discernir hasta qué punto estamos ante la mera concatenación yuxtapuesta de tres singulares trayectorias vitales o si este grueso volumen de más de 500 páginas aloja, además, como sugiere su título y atinadamente defiende su autor en la introducción al mismo, “una reflexión sobre el significado de la historia de España ante la crisis de *fin de siècle* y la guerra del 36” (Cuesta, 2022a, p. 15). Afortunadamente, las apariencias engañan. En efecto, aquí se reconstruyen tres prosopografías³, concebidas como arquetipos y modos de estar en el campo de la intelectualidad española, contextualizadas y entrelazadas; tres itinerarios vitales e intelectuales que no sólo concitan la individualidad y el devenir (el dinamismo de los “yoes”) de cada uno, sino también sus interacciones, encuentros y desencuentros, así como la hermenéutica precisa y documentada del contexto que les construyó y también les destruyó. El propio Cuesta finalmente ha dado a conocer su propósito: “desearía, pues, que mi texto se viera como una pieza de orfebrería íntegra en la que se engastan tres perlas que pierden parte de su valor cuando se consideran fuera del conjunto”⁴.

Así pues, más allá de que, en el fondo, toda obra historiográfica de fuste e interés —y esta lo es— tiene algo de hibridación y mixtura de géneros literarios diversos, nuestras “luciérnagas” están más alejadas del ensayo tentativo y del estudio biográfico de lo que el propio autor reconoce o acaso desearía, por el contrario, están mucho más cerca de los dominios de una solvente historia social y cultural y, si se me apura,

³ Como es sabido, la prosopografía, tradicionalmente disciplina auxiliar de la historia y referente del método prosopográfico, se ocupa de estudiar la biografía de una persona en tanto que integrante de un grupo social.

⁴ Resulta de muy recomendable lectura la transcripción de la intervención oral que Raimundo Cuesta realizó en el citado acto de presentación de su libro en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca el 28 de junio de 2022 (Cuesta 2022b).

intelectual, por más que las fuentes primarias propiamente archivísticas, es verdad, apenas comparezcan en su trabajo.

Por lo demás, Cuesta se plantea en este libro un problema de calado: indagar en la función social del conocimiento y, por ende, en el papel de los intelectuales en la esfera pública. Como buen historiador, sabe bien que el objetivo de la ciencia histórica no es rescatar per se la singularidad de una vida —este libro está en las antípodas del supuesto encuentro entre la subjetividad del historiador y la de los “actores” del pasado—, sino inscribirla en un paisaje y una temporalidad hecha de limitaciones y regularidades contextuales. La obra que nos ocupa tiene, tanto en su estructura y propósitos profundos, como en su hechura formal, un precedente claro en las *Verdades sospechosas* (Cuesta, 2019) y ello se aprecia muy bien en la notable habilidad para captar las “estructuras del sentir” de los tres protagonistas y en el oportuno uso de tres “tipos de intelectual” que encarnan los tres egos, tan masculinos como superlativos, más descollantes de la Edad de Plata hispana: Unamuno, el “intelectual profético”, “desbordante y extrovertido”; Azaña, como arquetipo del “intelectual político”, “huidizo” e introvertido; y Ortega, el “intelectual olímpico”, “arquero” carismático y héroe de sí mismo seguro de alcanzar su “blanco”. En los hechos, que son los que importan, no es nuestro autor, en absoluto, un historiador rendido a los embelecios del subjetivismo historiográfico tan en boga actualmente, por más que su práctica y su defensa de una *historia con memoria* mantenga una distancia epistemológica radical con la pretensión neutral y objetiva del cientifismo.

Para construir este original y complejo retrato colectivo, que es (también) el de la crisis del intelectual público en España entre 1898 y 1939, Cuesta ha llevado a cabo un trabajo extenuante de documentación: no sólo la lectura pausada y bien digerida de las miles de páginas escritas a lo largo de su vida por las luciérnagas, las tres ciertamente prolíficas y “ovíparas”, sino también de fuentes secundarias acerca de la dimensión pública de tres intelectuales sobre los que se ha dicho, investigado y publicado muchísimo desde múltiples perspectivas y disciplinas y con muy variados (y contradictorios) propósitos e intereses políticos e ideológicos⁵.

Con todo, más allá del interés que este libro pueda despertar en estudiosos, eruditos y mitógrafos de las tres egregias lumbreras (también mitómanos y

⁵ En efecto, la nómina de biógrafos y principales estudiosos, sea desde la historiografía, la sociología, la crítica e historia literaria, la historia de la filosofía o la politología, que comparecen en las páginas de este libro es realmente abrumadora, lo que le permite al autor construir criterio y pensamiento contrastado.

hagiógrafos, que de todo hay), a mi entender uno de los mayores atractivos de este retrato colectivo radica, precisamente, en el contexto. Es este último, espléndidamente desvelado en este trabajo, el que da sentido y permite comprender la génesis, fulgor, agonía y postrera catástrofe de estos tres eminentes intelectuales varones, arquetípicos integrantes de la “clase media de la cultura” de la España del primer tercio de siglo. Fueron estas personalidades carismáticas, profundamente elitistas y cultivadores de su propio ego (ególatras), forjadas en plena crisis del Estado liberal decimonónico, en una sociedad profundamente desigual y patriarcal, cuasi premoderna, con altísimas tasas de analfabetismo y de miseria material, que comenzaba a urbanizarse, a industrializarse y a dar forma a una incipiente opinión pública..., quienes asumieron como propia la brega de agitar y despertar las mentes y conciencias de sus compatriotas; convencidos de que si ellos (y sus “escasos” iguales) no lograban ponerse a la cabeza de la emergente sociedad de masas, acabarían arrollados por la corriente desbocada de las masas.

Y es aquí donde, además, anida el busilis de la historia que se nos cuenta: aportar claves para entender hasta qué punto el fracaso de estos intelectuales fue, ante todo, el de la imposibilidad de fundir el liberalismo del XIX, credo e ideología de partida (y de llegada, exceptuando quizá a Manuel Azaña) de los tres, con la democracia del siglo XX. Un fracaso que no fue privativo de nuestro país, como atinadamente refiere Cuesta en su texto en más de una ocasión y que sólo alcanza a entenderse en el contexto de la ya citada “guerra civil europea” (1914-1945) —el tiempo de la brutalización de la política y los totalitarismos—, que subvirtió el orden establecido y quebró radicalmente su sistema de valores. En efecto:

la coyuntura de la guerra española plasma una porción muy sustancial de la llamada “guerra civil europea” y es esa “violencia indómita” la que sacude intensamente los cimientos de las democracias de tipo liberal. Ante el ascenso del fascismo, tiembla toda Europa y las opciones políticas democráticas y republicanas tienden a congregarse en muchos países en torno al antifascismo. (Cuesta, 2022a, p. 167-168)

Mi insistencia en la importancia del contexto no pretende apocar la auténtica singularidad de este libro y que posiblemente sea también su mayor mérito, fruto de la feliz osadía de su autor. A saber: el espléndido abordaje que realiza sobre la trayectoria vital de Unamuno, Azaña y Ortega. En el curso del ya citado autoanálisis

de su obra, Raimundo Cuesta destacó seis aspectos clave que había utilizado para indagar en sus vidas y que, además, podían tomarse —decía— “como elementos relevantes de comparación”. Esa “síntesis comparativa y valorativa” que como tal no se encuentra en el libro —afortunadamente, diría yo—, que su autor, astutamente, anuncia ya en la introducción que deja a la “sabía consideración de las personas que leyendo el texto reescriben la criatura originaria salida de la mano de su autor” (Cuesta, 2022a, p. 18). Y los enumeraba así:

- 1) Posición en el campo intelectual; 2) Biografías: orígenes sociofamiliares, personalidad y hábitos; 3) Tres subjetividades, tres construcciones del yo; 4) Relevancia e influencia de su obra; 5) Ideario y acción política; 6) Travesías de tres naufragos: 1936. (Cuesta, 2022b)

En estos ítems se contiene el plano guía que Cuesta ha utilizado no sólo para reconstruir la trayectoria de cada uno de los tres arquetipos de intelectual sino también la anatomía del intelectual público español del primer tercio de siglo XX. Obviamente, excede a las posibilidades del autor de estas páginas entrar, siquiera fuera superficialmente, a glosar un completo programa de investigación prosopográfica que ha precisado más de medio millar de páginas para desarrollarse. No obstante, espigaré mis últimos comentarios estimativos sobre la obra que nos ocupa a partir de alguna de estas facetas.

Precisamente, el empeño por establecer las posiciones de los tres en el campo intelectual y valorar la influencia de su obra es uno de los hallazgos más importantes de este libro, de neta inspiración bourdesiana pese a todo. Cuesta realiza una lectura crítica e informada del legado intelectual, ético y político de cada personaje —nada que ver con una visión “neutral”—, pero sin hacer de la tipología asignada a cada luciérnaga una categoría rígida e inflexible. Siempre tratando de entender y explicar, más allá del *habitus* y de las razones prácticas dominantes en el campo en el que se insertaron, sus contradicciones y veleidades —casi siempre relacionadas con componentes emocionales o con toscas lógicas de coste-beneficio. Eso sí, sin dejarse llevar ni un ápice por el prurito buenista del admirador incondicional mutado en hagiógrafo o, lo que es aún mucho peor, por la desvergüenza propia del inventor de mitos. Con semejante acierto y contundencia argumental el autor marca distancia con alguno de los usos políticos de que han sido objeto en tiempos recientes y no tan recientes —merece la pena citar el desenmascaramiento que Cuesta realiza del

tinglado de la existencia de una supuesta “tercera España” a la que, inevitable (y torticeramente), suele vincularse a Ortega y Unamuno, e, incluso, al mismísimo Azaña—. A este respecto, las páginas escritas sobre los últimos meses de Unamuno en la Salamanca ocupado por las tropas sublevadas contra la República, contenidas en el apartado “Finis vitae: abrasado en las ascuas del 36”, sobre la “construcción conceptual de Azaña” y el “laberinto interpretativo”, o acerca del “otoño” del olímpico en la postguerra, están, a mi juicio, entre las más logradas y valiosas del libro. (Cuesta, 2022a, pp. 166-190; 193-201 y 323-333; y 523-533)

Lógicamente, algunos de los pasajes más interesantes de la obra se encuentran en la reconstrucción de sus itinerarios públicos y acción política en relación con la evolución de sus posiciones ideológicas. No en vano, ello ocupa la mayor parte de sus páginas y algunas de las de mayor enjundia. En este sentido son muy brillantes las exégesis que Cuesta realiza de algunos textos-clave de estas luminarias: algunas inevitables y muy célebres conferencias y discursos públicos, pero también artículos de prensa y por supuesto obras de mayor porte y densidad pasan por su afilado bisturí y le sirven para proyectar una mirada crítica sobre la evolución de su pensamiento y actitudes políticas.

Asimismo, resulta muy sugerente ir descubriendo a lo largo del libro algunas concomitancias, no exentas de discordancias y matices, en su ideario; por ejemplo, el entendimiento de la cultura culta, patriarcal y burguesa como pedagogía al servicio de la reinvencción de la nación liberal e instrumento de nacionalización; y no digamos su compromiso y percepción del régimen democrático republicano, o, por supuesto, sus disquisiciones acerca de la propia idea de *España*. O ir escudriñando en las “empresas” y espacios de socialización en los que coincidieron (*ma non troppo*) —la Liga Española de la Educación Pública, el Partido Reformista, la revista *España*, la Agrupación... de 1931, el Congreso de los diputados, la “colina de los chopos”, el Ateneo...—. O poder hurgar en las tribulaciones y desasosiegos, en fin, de tres liberales exquisitos que ni quisieron ni probablemente pudieron entender la revolución obrera, mucho menos el feminismo, que ignoraron tanto como detestaron..., y que, metidos en harina y con todo el crujir de huesos y rechinar de dientes que se quiera, prefirieron, a excepción de Manuel Azaña, claro, el fascismo a la revolución social. Lo cierto y verdad es que sólo Azaña comprometió sus días y desvelos a laborar por el éxito de un proyecto reformista antioligárquico, laico, republicano e interclasista, de inspiración liberal-socialista, basado en la democratización del Estado y adobado con

fórmulas precisas de integración y cierta justicia social, en el que creyó con ingenua solvencia. Por su parte, Ortega se deslizó con desparpajo del fabianismo al “neoliberalismo”⁶ y Unamuno nunca pasó de ser, como mucho, un liberal decimonónico (y bilbaíno) con ciertos toques jacobinos y con un entendimiento de la democracia extrañamente pre-político.

Aunque habría otros muchos aspectos y facetas de este oceánico e iluminador trabajo que podrían glosarse⁷, conviene ir concluyendo no sin antes referir, de forma casi telegráfica, algunas consideraciones problemáticas, de carácter más general y de naturaleza epistemológica y política, que la lectura de este último libro de Raimundo Cuesta me han suscitado, y que surgen al proyectar una (otra) mirada crítica, no androcéntrica, sobre los protagonistas del relato que nos ha venido ocupando hasta aquí. Unas reflexiones, en fin, que, aunque tangenciales al libro que estamos reseñando⁸, creo pertinentes en la medida en que pueden contribuir a abrir interrogantes y expandir sospechas útiles para repensar críticamente el conocimiento disponible sobre la historia de los intelectuales y de la cultura; asunto, a la postre, del común interés del autor y de quien esto escribe. Dichas desde el convencimiento racional de que sólo una mirada no androcéntrica sobre el pasado que nos construye puede explicarnos las dificultades que encontramos en el presente para vivir nuestras vidas como mujeres y hombres en igualdad y plena consideración mutua.

BREVES APUNTES E INTERROGANTES ACERCA DE UNA HISTORIA INTELECTUAL NO ANDROCÉNTRICA; PORQUE “LO QUE NO SE NOMBRA NO EXISTE” (G. STEINER)

⁶ La derrota del pensamiento político de Ortega es uno de los aspectos, a mi juicio, mejor documentados y trabajados por Cuesta en su libro. Al tema de su ulterior deriva “neoliberal” —hay quien considera *La rebelión de las masas*, no sin razón, el texto inspirador del célebre Coloquio Lippmann (1938), al que, por cierto, fue invitado el propio madrileño—, Cuesta le ha dedicado recientemente una de sus “esquirlas otoñales” (Cuesta, 2022c).

⁷ Por ejemplo, el cuidado que el autor pone en abordar también otras muchas facetas públicas y privadas de sus luciérnagas integrándolas con habilidad en la corriente principal que guía el relato; singularmente, esto ocurre con la esmerada atención que se dispensa a la importantísima vertiente literaria de Azaña. Un autor extremadamente exigente consigo mismo que dejó alguna de las creaciones más significativas de la primera mitad del siglo XX y cuya lectura resulta indispensable —pienso, lógicamente, en *La velada en Benicarló*, pero no sólo— para entender su fracaso como intelectual político y su colapso como jefe de Estado absolutamente desbordado por las circunstancias de una guerra que no acabó de “entender”.

⁸ Me acojo al sentido estricto que la RAE confiere al término: “dicho de una idea, de una cuestión, de un problema, etc., que solo parcial y no significativamente se refiere a algo”. En todo caso, las ideas que siguen son fruto de la lectura de autoras y autores que han escrito sobre teoría e historiografía feminista, sea desde el campo de la filosofía —Celia Amorós (2000), Ana de Miguel (2009) o Alicia Puleo (1993)— o de la historia intelectual y/o la crítica literaria —Geraldine Scanlon (1986), Isabel Navas (2011), Juan Aguilera (2020), Anna Caballé (2020) o Laura Freixas (2011)—; asimismo, agradezco a M. Engracia Martín su ayuda y perspicaces observaciones.

I. El análisis de las circunstancias biográficas familiares, en las que se desarrolló la trayectoria vital de la tríada de luminarias que nos han venido ocupando —esos matrimonios balsámicos y lenitivos, paño de lágrimas de tanta angustia ciclotímica, sobre los que se erige una obra y un destino—, constituye, por sí mismo, asunto digno de ser problematizado y, desde luego, no es en absoluto baladí (la división del trabajo en función de los sexos; la exclusión del espacio público de la mitad de la humanidad). El sexismo que traslucen sus conductas y, ante todo, la misoginia que informa su pensamiento sobre el “otro” sexo⁹, nunca puesto bajo sospecha, es algo más que una marca generacional o de época, como a menudo se afirma. Constituye una grave insuficiencia ontológica y ética —amén de un déficit de legitimidad intelectual— de la que se derivan consecuencias políticas. ¿Cuántos espejos de aumento necesitaron las luciérnagas para llegar a serlo?

Unamuno asumió por vía experiencial toda la tradición inventada del supuesto matriarcalismo vasco y por tanto el ideal de santidad de la mujer-madre, religiosa, sobria, trabajadora, fuerte e inmutable, que es auto-asumido con abnegación y sacrificio como “deber ser” —acaso hasta confundirse con una “costumbre”¹⁰—. Por su parte, Azaña, reconocido frecuentador de prostíbulos y casado tardíamente con una mujer cultivada, Dolores Rivas, veinticinco años más joven que él, fue incapaz de trabar una relación de igualdad con Campoamor o con Nelken, por ejemplo, y es conocida su vergonzante abstención a la hora de la aprobación en Cortes del derecho a sufragio de las mujeres. Finalmente, Ortega, casado con Rosa Spottorno, una mujer brillante, traductora, pese a rodearse a menudo de poderosas mentes femeninas como las de sus discípulas Chacel o Zambrano o su amiga Victoria Ocampo, justificó siempre la inferioridad esencial de la mujer¹¹ siendo además responsable de la introducción en España de la misógina teoría de la “polaridad sexual”¹² defendida por su (algo más que) admirado sociólogo alemán, Georges Simmel.

⁹ Conviene recordar que bastantes años antes de que E. Said teorizara sobre el “otro” en *Orientalismo*, S. de Beauvoir había escrito que el “otro” primigenio fue el 50% de la humanidad. En otra nota más adelante aludiré a lo mal que le sentó a Ortega este hallazgo...

¹⁰ En alusión al apodo con que la luciérnaga vizcaína se refería a su esposa, Concepción Lizárraga.

¹¹ Es obvio que en el célebre *dictum* orteguiano “el hombre no tiene naturaleza, lo que tiene es historia”, el término “hombre” no incluía a las hembras de la especie humana.

¹² En el fondo una argucia burda para lavar la cara al tosco biologicismo de la misoginia romántica decimonónica, realimentando los prejuicios sexistas. Para Simmel la esencia de lo femenino era una forma de realización de lo humano igualmente valiosa que la masculina. La diferencia (que no inferioridad) es meramente ontológica: mientras lo masculino está “condenado” a vivir hacia afuera en la agonía del conflicto moral, lo femenino es una sustancia absoluta que vive hacia dentro... “En fin de cuentas, es pues, la casa, el gran producto cultural de la mujer” (Simmel, 1924, p. 51).

Cabalgando siempre a hombros de gigantes, olvidaron que en realidad lo hicieron sobre mujeres en quienes descargaron los cuidados de sí mismos y de su descendencia. Pensadores a tiempo parcial, convencionales y prejuiciosos a tiempo completo.

II. El viejo “truco” del nudo patriarcado/androcentrismo, antaño y hogaño. consiste en confundir que el ser humano es un varón y que el hecho de que las mujeres hayan sido excluidas del logos y de derechos (saber-poder) no afecta ni a la producción del conocimiento, ni a la ciencia, ni a la autoconciencia, ni al reparto de poder, ni a la realidad material... El ardid esconde, además, una trampa saducea que se traduce en asertos del tipo “además, en aquellos tiempos era normal que pensarán así...”, o “no podemos caer en la descontextualización ni en el anacronismo”... La cuestión es que este tipo de mantras, aparentemente tan sensatos, desenfocan el tipo de preguntas que procedería formular desde una perspectiva no patriarcal (androcéntrica). Como afirma Ana de Miguel la pregunta debería ir dirigida al nudo del supuesto argumento que se defiende: ¿qué se supone que tenemos que asumir como “normal” en aquellos tiempos?, ¿que los varones, como dueños de la palabra, nombraron como valioso lo que ellos, como colectivo, desarrollaron? En definitiva, el hecho de que personas especializadas en pensar... no quisieran dedicarle ni un momento de su precioso tiempo a preguntarse por estas cuestiones, es, justamente, lo que no parece ni lógico ni normal precisamente en ese momento histórico.

Además, había donde contextualizar y había donde mirar y cultivarse...; lo del anacronismo no es más que una grosera superchería. Unamuno, Ortega y Azaña convivieron, coincidieron y tuvieron ocasión de tratar, incluso muy de cerca, a mujeres organizadas que reclamaban derechos, en España y fuera de ella, conocieron sus espacios de socialización, reflexión y aprendizaje compartidos —a los que incluso fueron invitados—, y pudieron leer y aprender de sus tratados, ensayos y artículos, o apreciar sus creaciones literarias y artísticas. Y por supuesto supieron de sus reivindicaciones y de sus luchas en el espacio público para obtener un estatuto de ciudadanía (derechos civiles, políticos y, sobre todo, educación) que se les venía negando de forma radical y sistemática desde el siglo XVIII. Mujeres como Rosario de Acuña, María de la O Lejárraga, Carmen de Burgos, Luisa Carnés, Lucía Sánchez Saornil, Amparo Poch... fueron verdaderas luciérnagas en la Edad de Plata y lo fueron con más derecho y razón que otras, pues ni contaron con espejos de aumento, ni con secretarios que les llevaran la agenda, ni con “gigantas” y referentes de su sexo sobre

los que cabalgar —se las había tragado el sesgo androcéntrico de la cultura patriarcal dominante—..., y además porque tuvieron que pagar por serlo un precio elevadísimo en sus vidas, permanentemente observadas, censuradas, criticadas y violentadas de mil maneras en aquella sociedad patriarcal, coercitiva e inclemente. Y todo para terminar en su mayoría doblemente exiliadas, olvidadas, preteridas, invisibles. Entonces, ¿qué criterio de normalidad manejan quienes siguen sosteniendo hoy que “en aquella época era normal...”?

Siglos de cultura patriarcal y normalizadora de la inferioridad del sexo femenino, de redes, fratrías y complicidades machistas, de espejos de aumento replicados para la reproducción de la misoginia..., estaban siendo impugnados y sometidos a crítica de forma política, colectiva y organizada, no sólo entre las elites femeninas burguesas sino también en círculos socialistas y anarquistas..., y seguían siendo asuntos deliberadamente ajenos a las angustias vitales de estos sujetos de pensamiento. En definitiva, la “cuestión de la mujer” nunca fue con ellos, ni, preciso es recordarlo, con la inmensa mayoría de sus con-géneros. Nunca vieron a las mujeres como iguales ni como seres humanos. Y es que, como el propio Ortega fue capaz de argumentar con suma lucidez: en las creencias (o en los prejuicios) se está, pero las ideas se tienen y previamente han de adquirirse (con esfuerzo y estudio); y, añadiría yo, cuestionando el lugar desde el que se piensa y, en consecuencia, renunciando a privilegios patriarcales¹³. Definitivamente, no; no basta con decir que eran hombres de “su” tiempo; entre otras cosas porque su tiempo era también el de las mujeres que luchaban por su emancipación y por la igualdad entre los sexos y el de algunos hombres, muy pocos, que las apoyaban. Hoy como ayer.

III. Así pues, ¿cómo es posible que mentes lúcidas y críticas ignoraran (en los dos sentidos del término), opacaran y despreciaran, en plena segunda edad de oro de

¹³ Todavía en 1949, el convencido defensor de la superioridad ontológica de los hombres no pudo soportar ver publicado un voluminoso tratado en el que una joven francesa impugnaba, desde la crítica histórica y filosófica y de forma definitiva, el radical “ser para ellos mismos” de los hombres y el “ser para los demás” de las mujeres. Aquel libro fue glosado por Ortega en estos términos: “La susodicha manía igualitaria ha hecho que en los últimos tiempos se procure minimizar el hecho —uno de los hechos fundamentales en el destino humano— de la cualidad sexual. Simone de Beauvoir (...) ha escrito una obra voluminosa sobre *Le deuxième sexe*. A esta señora le parece intolerable que se considere a la mujer (...) como constitutivamente referida al varón. La señora Beauvoir piensa que consistir en referencia a otro es incompatible con la idea de persona”. Y finaba: “Volvamos, (...) a hablar con toda tranquilidad de la mujer como *sexo débil*. Es más, proclamémoslo con un sentido más radical. Pero, como no podía ser menos de ser, esta inferioridad es fuente y origen del valor peculiar que la mujer posee referida al hombre. Porque, gracias a ella, la mujer nos hace felices y es feliz ella misma, es feliz, sintiéndose débil” (Ortega, 1981, pp. 137-141).

la cultura española, el pensamiento y la práctica “feminista”? Cuándo argüimos y razonamos que Unamuno, Ortega o Azaña eran hijos de su tiempo y del patriarcado y no podía pedírseles una posición epistemológica —no hablo de actitud moral cuanto de posición en el campo y en el sentido bourdesiano del término— abierta y porosa hacia esos “asuntos de mujeres”, ¿acaso no estamos interceptando la posibilidad de proyectar sobre un tema tan central una mirada crítica que sin embargo sí defendemos (y practicamos) ante otras facetas de su pensamiento —v.g. la cuestión social, el problema obrero, la cuestión nacional, el ascenso del fascismo...? Estamos ante un problema de naturaleza epistemológica, y por tanto ética y política, de enorme calado.

No hay espacio para más. Me quedo con la idea de que existe un enorme trabajo por hacer; también desde la historiografía. Y que, por supuesto, no es suficiente con incorporar a las luciérnagas de sexo femenino al relato de la historia intelectual que actualmente manejamos —dice Celia Amorós que no basta con la fórmula “añada mujer y remueva”; hay que rehacer la receta cuando incluimos nuevos ingredientes—. Aunque justamente haya sido preciso comenzar por ahí, por descubrir a las “sin sombrero” y a las que iban en alpargatas o descalzas, acudiendo al Lyceum Club, a la Asociación Femenina de Educación Pública, a los Liberatorios de prostitución o a los ateneos de Mujeres Libres... Y, aun así, todavía queda mucho por hacer en el terreno de la prosopografía de distintos colectivos femeninos —por no hablar de lo que nos queda en el campo de la memoria en la educación—. La cuestión verdaderamente palpitante es empezar a respondernos a la pregunta: ¿cómo cambiaría la historia del pensamiento y de la cultura española aplicando una óptica y perspectiva no androcéntrica, o sea feminista, que interpelara y analizara con otras herramientas heurísticas los textos, las prácticas discursivas, las posiciones en el espacio público, las redes de sociabilidad y relaciones interpersonales entre mujeres y hombres?

Sin duda esa “historia con memoria” está por escribir. Lo único que parece claro es que la introducción de esta mirada, no androcéntrica e informada teóricamente por el feminismo, enriquecerá el relato sobre la cultura española de la Edad de Plata, redimensionando, como primera providencia, la estatura de las lumbreras que nos han ocupado aquí. Sobre todo, nos aportará un relato sobre el pasado más justo con las luchas por la igualdad de tantas mujeres sobre el que poder proyectarnos, con algo de fundamento, a un futuro mejor. Falta hace.

REFERENCIAS

- Amorós Puente, C. (ed.) (2000). *Feminismo y Filosofía*. Cátedra.
- Aguilera Sastre, J. (2020). Para una historia de las asociaciones femeninas en España. La Asociación Nacional de Mujeres Españolas y la Unión de las Mujeres de España: similitudes y discordancias (1918-1921). *Feminismo/s*, 37, pp., 131-160. Monográfico. La mujer moderna de la Edad de Plata (1868-1936): disidencias, invenciones y utopías. Dolores Romero López (coord.).
- Caballé Masforroll, A. (2020). Mujer, feminismo y biografía. *Signa*, 29, 37-59.
- Cuesta Fernández, R. (2017). *Las lecciones de Tersites. Semblanzas de una vida y de una época (1951-2016)*. Visión Libros.
- Cuesta Fernández, R. (2019). *Verdades sospechosas. Religión, historia y capitalismo*. Visión Libros.
- Cuesta Fernández, R. (2022a). *Unamuno, Azaña y Ortega. Tres luciérnagas en el ruedo ibérico*. Visión Libros.
- Cuesta Fernández, R. (2022b). Consideraciones de un autor sobre su libro. A propósito de Unamuno, Azaña y Ortega, tres luciérnagas del ruedo ibérico. *Conversación sobre historia*. Recuperado de <https://bit.ly/3rVyW8F>
- Cuesta Fernández, R. (2022c). Genealogía del neoliberalismo: los castillos en el aire de Ortega y Gasset y la razón elitista. *Conversación sobre historia*. Recuperado de <https://bit.ly/3S4hMAk>
- Freixas Revuelta, L. (2011). Literatura y Mujeres: dilemas. En M.J. Jiménez y A. Quiles (eds.), *Memoria, escritura y voces de mujeres* (pp. 159-166). UMA.
- Miguel Álvarez, A. de (2009). El legado de Simone de Beauvoir en la genealogía feminista: la fuerza de los proyectos frente a "La fuerza de las cosas". *Investigaciones Feministas*, N. 0, 121-136.
- Navas Ocaña, I. (2011). Sobre equívocos, utopías y corzas: la hermenéutica de Ortega y Gasset. *Ámbitos*, 25, 57-72.
- Ortega y Gasset, J. (1981). *El hombre y la gente*. Revista de Occidente.
- Puleo García, A.H. (coord.) (1993). *La filosofía contemporánea desde una perspectiva no androcéntrica*. MECD.
- Scanlon, G.M. (1986). *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*. Akal.
- Simmel, G. (1924). *Cultura femenina y otros ensayos*. Revista de Occidente.